

Adagio en primavera

Jane Kelder



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#AdagioEnPrimavera

Colección: Tombooktu Romance

www.erotica.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Adagio en primavera*

Autor: © Jane Kelder

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-66-6

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-67-3

ISBN Digital: 978-84-15747-68-0

Fecha de publicación: Octubre 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-28287-2015

*A mi pareja, por retarme a introducir un asesinato
en una novela romántica victoriana.*

*A mis padres que, sin pretenderlo,
se han convertido en unos de mis lectores cero.*

Índice



Capítulo I	11
Capítulo II	19
Capítulo III	25
Capítulo IV	31
Capítulo V	37
Capítulo VI	43
Capítulo VII	51
Capítulo VIII	57
Capítulo IX	65
Capítulo X	71
Capítulo XI	79
Capítulo XII	85
Capítulo XIII	93
Capítulo XIV	101
Capítulo XV	107
Capítulo XVI	113
Capítulo XVII	119
Capítulo XVIII	125
Capítulo XIX	133

Capítulo XX	139
Capítulo XXI	145
Capítulo XXII	151
Capítulo XXIII	155
Capítulo XXIV	163
Capítulo XXV	169
Capítulo XXVI	177
Capítulo XXVII	185
Capítulo XXVIII	191
Capítulo XXIX	197
Capítulo XXX	203
Capítulo XXXI	209
Capítulo XXXII	217
Capítulo XXXIII	223
Capítulo XXXIV	229
Capítulo XXXV	233
Capítulo XXXVI	241
Capítulo XXXVII	247
Capítulo XXXVIII	255
Capítulo XXXIX	261
Capítulo XL	267
Capítulo XLI	273
Capítulo XLII	279
Capítulo XLIII	285
Capítulo XLIV	291
Capítulo XLV	297
Capítulo XLVI	305
Capítulo XLVII	311
Capítulo XLVIII	317
Capítulo XLIX	327
Agradecimientos	333

I

Una mujer hermosa es como un día de sol, se le augura felicidad, aunque eso en la mayoría de las ocasiones es un error.

Considerada bonita, Anne Bates había visto pasar su juventud sin pena ni gloria. Recién llegada a la edad sensible, se enamoró de un libertino con quien estuvo a punto de fugarse a espaldas de su familia, pero una intervención oportuna de su padre impidió la huida. Sin embargo, el escándalo no pudo evitarse y tuvieron que enviarla a Londres a vivir con una tía para dejar atrás lo ocurrido. Con el tiempo, allí tuvo dos pretendientes que eran del agrado de su familia, pero durante una fiesta fue descubierta en un balcón besándose con un hombre casado y sus oportunidades se esfumaron. En 1860 las cosas cambiaron. Conoció a un americano que se enamoró apasionadamente de ella y la señorita Bates estaba dispuesta a abandonar Inglaterra para casarse con él. Pero justo antes de la boda estalló la guerra y su futuro esposo se alistó en las filas sureñas. El enlace tuvo que aplazarse hasta que terminara el conflicto, pero, poco después de su partida, la señorita Bates recibió la noticia de que su prometido había muerto en el bombardeo de Ford Sumter.

Anne Bates, ahora señora Harding, ya no esperaba casarse cuando conoció en Londres al alcalde de un pueblo que nunca había oído nombrar. Ella tenía treinta y dos años y gran vocación

de madre. Su expresión era agradable y llamaba la atención, aunque su cabello castaño había perdido el brillo de la juventud y ya habían aparecido las primeras arrugas junto a sus ojos grises. Aún mantenía buena figura, que procuraba cuidar, pero trataba de ocultar siempre sus brazos, cuyas carnes habían empezado a aflojarse. Agradeció, en lo más profundo de su ser, el regalo del destino cuando aquel hombre de cuarenta y cinco le ofreció su mano. El señor Harding consideró que la señorita Bates aún era hermosa, a pesar de su edad, y las características que ofrecía el poco trato que tuvieron durante dos semanas le parecieron oportunas para convertirla en la nueva madre de sus tres hijos.

Hoy, el señor Harding, alcalde de Horston, organizaba un picnic en honor a Archibald, su hijo mayor, a quien había permitido salir del internado para celebrar su decimoquinto cumpleaños. Bajo un sol amable, las mesas y sillas de madera y las carpas de tela aparecían bien distribuidas por la llanura de Seeton Park. Estaban anunciados juegos deportivos y la actuación de unos malabaristas, y dos días antes habían matado dos cerdos y quince perdices para la ocasión. El señor Harding era veterano de la guerra de Crimea y sus méritos, al igual que su talante conciliador, siempre habían hecho de él un hombre muy querido en la localidad. Quedó viudo seis años atrás y todos se conmovieron por su pena con la misma sinceridad con la que se habían alegrado hacía menos de un año, cuando tuvieron noticia de que el señor Harding se había vuelto a casar. Tras el enlace, sus hijos, que hasta el momento habían sido educados con profesores particulares y bajo la tutela de una institutriz en la propia casa familiar, fueron enviados a Saint James School, en el condado de Berkshire. El alejarse de su hogar, junto al hecho de compartir ahora su cariño, había provocado una notable alteración en el carácter de Archibald Harding y su padre pensaba que dedicarle una fiesta lograría calmar los celos y recelos del hijo hacia su nueva esposa.

Anne Harding desconocía los sentimientos que despertaba en su hijastro del mismo modo que ignoraba que al día siguiente estaría muerta. Se sentía cómoda en su posición de dueña de un hogar y ahora observaba orgullosa a los invitados que habían acudido con sus mejores galas por cortesía hacia su marido. Pensó que era una lástima que el señor Frazer hubiera fallecido el año anterior.

El señor Frazer, hombre adinerado y viajero, era quien le había presentado a su actual marido en una escapada a Londres. Hubiera sido un honor para la señora Harding recibirlo aquel día. Era de su misma edad y, desde el primer momento, le había brindado una afabilidad y un cariño que anhelaba en otros vecinos. Pero el señor Frazer, que gozaba de buena salud, hacía casi un año que tuvo la mala suerte de regresar de su viaje por Francia en el ferrocarril que descarriló sobre un puente en reparación en la localidad de Staplehurst. El accidente resultó famoso en toda Inglaterra, pues en uno de los vagones viajaba el escritor Charles Dickens, que tuvo la fortuna de sobrevivir. Los periódicos hablaron de las víctimas, de la poca distancia en que habían colocado al guardavía para dar el aviso de frenado, pero, sobre todo, dedicaron muchas columnas a Ellen Ternan, la amante de Dickens, que viajaba con él. Las semanas siguientes alarmaron a sus lectores con el anuncio de que el escritor ya no volvería a escribir, pero, por fortuna, el propio Dickens lo había desmentido un tiempo después. Sin embargo, en Horston todo esto quedó en un segundo plano, pues la muerte del señor Frazer, que viajaba en uno de los vagones que se había precipitado al río, conmocionó a quienes lo conocían.

Así que la fiesta iba a celebrarse sin el amable señor Frazer, a quien la señora Harding dedicó su pensamiento durante unos minutos. Sin embargo, sí estaban allí el señor Fernsby, el director de la sucursal bancaria; los Gardner, que acababan de abrir el primer hotel de Horston; los Delaney, los Whittemore y los Holstead, tres familias respetables de arraigado linaje en el pueblo; el señor Honycutt, encargado de la oficina de Correos y Telégrafos de S.A.R.; el señor Burns, vicario que había acudido a la Corte en dos ocasiones invitado por la mismísima reina Victoria; el doctor Grace y su familia...

En fin, que Anne Harding sonreía contenta porque pensaba que su marido había organizado esta fiesta para que ella conociera mejor a sus nuevos vecinos. Sólo hacía ocho meses que se había instalado en Horston, tras un viaje al continente después de su boda y, aunque fue recibida en alguna casa importante, la relación con otras mujeres aún era fría y excesivamente formal para su gusto. Tampoco había logrado mayor afinidad con sus compañeras del coro de la iglesia, excepto con una mujer aficionada a confeccionar

sombreros y que solía frecuentar los ensayos, aunque no cantaba. Afortunadamente, esta dama, nada más conocerla, se interesó por la moda de Londres y por las galerías Whiteley's, pero aún era pronto para referirse a ella como a una amiga.

Su nueva casa en Horston, más parecida al estilo colonial que a las típicas del pueblo, se hallaba a unas cien brazas de la última calle de la zona Oeste, por lo que no tenía vecinas con las que charlar. Además, bordeaba toda la zona lateral de esa casa una extensión de robles de los bosques de antaño y eso hacía que todavía pareciera más apartada. El jardín de la entrada era pequeño, mientras que el posterior se extendía hasta el camino del cementerio. Un pórtico con columnas daba entrada al edificio de dos pisos donde la señora Harding se aburría, día tras día, mientras echaba de menos su vida social en Londres.

La idea de que su esposa formara parte del coro fue del señor Harding, pero ella se entusiasmó rápidamente porque suponía una excelente ocasión para alternar con las demás. Había recibido nociones básicas de piano durante su infancia y no era consciente de que su voz no era bonita ni de que afinar no se encontraba entre sus mejores virtudes. La señora Patterson observaba en silencio los esfuerzos que el señor Odell debía hacer para reprimir un mal gesto cuando ella desentonaba y continuar tocando el piano como si todo estuviera dentro de la normalidad. Sin embargo, nadie podía decir que la nueva mujer del alcalde no se esforzara por integrarse y practicaba en casa todas las sugerencias que el señor Odell le indicaba durante los ensayos. El coro de mujeres de la vicaría de Horston había cogido fama en todo el condado y, ni siquiera el coro de Culster, la capital, podía competir con su buen hacer. Esta tarde, después de los juegos deportivos y el primer aperitivo, estaba previsto que el coro interpretara un par de piezas en honor a Archibald Harding y Anne estaba deseosa de hacerlo bien. Había ensayado para la ocasión. Pero, además, otra razón de su entusiasmo era que había escrito ella misma una letra para el adagio del Concierto para Clarinete de Mozart y tanto insistió que el señor Odell acabó aceptando incluirlo en el repertorio para la fiesta. Sin embargo, y eso es algo que la señora Harding no sabía, varias integrantes del coro le habían suplicado que no lo incorporara de forma definitiva, que lo reservara sólo para esta ocasión, pues la letra no

resultaba de su agrado. Ni era religiosa, sino amorosa, ni había logrado buena rima. Abundaban los ripios y las cacofonías y había demasiados adjetivos cultos puestos solamente para impresionar.

Nunca nadie se refirió a Anne Harding como mala mujer, pero sus esfuerzos por resultar simpática rozaban la impertinencia en un lugar de costumbres tan arraigadas como Horston. La afición a la reserva por parte de los lugareños se intensificaba ante la nueva señora Harding porque corría el rumor de que ella tenía un hermano que trabajaba para un periódico londinense y el mero hecho de sospechar que se hablara de sus cosas más allá de los límites del condado no les hacía ninguna gracia. Sin embargo, y esto es algo que quedó escrito en el periódico local, dos días después, durante el funeral de la señora Harding, la iglesia iba a estar abarrotada y ninguna persona que se considerara decente faltaría a su última despedida.

Ahora, en esta fiesta, ella estaba convencida de que lograría romper el hielo. Esperaba ansiosa junto a sus compañeras el momento en que pudiera actuar. Había tomado miel justo antes de que empezaran a llegar los primeros invitados para suavizar su voz.

Cuando el coro comenzó a cantar, Archibald Harding montaba en un caballo Morgan de color alazán que acababa de regalarle su padre e ignoraba los esfuerzos de su madrastra por agradar a los demás. Hasta hoy había tenido un poni que ahora legaba a sus hermanos con la misma alegría que sintió la primera vez que le pusieron pantalones largos y regaló los cortos al pequeño Dick. Así que cuando la señora Harding entonó las primeras notas, Archibald se encontraba cabalgando por los alrededores de Seedon Park sin ser consciente de su ofensa.

El señor Odell, coadjutor de la vicaría, tocaba el piano y, durante la primera pieza, lo hizo con gran maestría, porque se trataba de una pieza que llevaba ejecutando desde los ocho años. Tampoco estuvo mal durante la interpretación de *Adagio en Primavera*, que es cómo había titulado la señora Harding su canción. Entre las voces destacaba la de Elizabeth Holstead, hija de Phineas Holstead, caballero muy querido en el lugar, y el brillo de su canto no quedó deslucido por algunas notas desafinadas que se colaron en una voz coral que demostró su pericia una vez más. Sólo los que gozaban de buen oído musical pudieron percatarse de los desatinos.

Durante el solo de la señorita Holstead, un desconocido para los lugareños quedó fascinado por su voz. Con tanto interés la miró durante el concierto que la señorita Gibbs, mientras se dirigían a sus mesas tras finalizar la actuación, comentó:

—Lizzie, creo que has llamado la atención de un caballero.

—¿Yo? ¿De quién?

—Ese que está sentado con los señores Gardner y los Grace.

Elizabeth miró intrigada hacia la mesa que le era indicada, pero en esos momentos el caballero estaba ocupado en una conversación.

—La compañía de Matty me parece suficiente motivo para que el supuesto interés sólo esté en su imaginación, señorita Gibbs.

—¡Oh, no! Te puedo asegurar que es cierto. ¿No lo has notado tú, Claire? —le preguntó a su hermana.

—El dolor de mis oídos anulaba mi visión, querida Emily.

Emily Gibbs era menor que la señora Patterson y a sus más de cincuenta años tenía el título de solterona oficial de Horston. Su hermana se había casado con el señor Patterson cuando era joven, pero quedó viuda casi dos años después y, desde entonces, ambas hermanas vivían juntas en la casa que heredó esta última de su difunto marido. Nadie que no lo supiera de antes hubiera dicho que eran hermanas nada más verlas. Aparte de que ambas tenían los ojos azules, la señorita Gibbs era bajita y rebosante en carnes, mientras que la señora Patterson era alta y delgada. De rostro amable la primera, y con una nariz respingona muy peculiar, la segunda siempre parecía tener el ceño fruncido y su nariz aguileña endurecía aún más sus rasgos. Elizabeth Holstead, mucho más joven, sentía cariño por ellas y las frecuentaba a menudo, aunque también tenía una amiga de su edad, Matilde Grace, que ahora se sentaba en otra mesa junto al desconocido al que se había referido su compañera del coro. A pesar de no haber mostrado interés ante el comentario de la señorita Gibbs, Elizabeth desvió la mirada un par de veces para comprobar si aquel hombre la miraba de nuevo, pero enseguida empezaron a tocar los músicos y Andrew Whittemore la invitó a bailar, así que durante un rato decidió obviar el comentario de su amiga y dedicarse a disfrutar de la danza, a pesar de que los pasos de Andrew eran tan amanerados como su propia pose.

En cierta ocasión en que su acompañante y ella pasaron cerca de la mesa del desconocido, pudo observar que este la miraba mientras permanecía sentado en compañía del señor Odell y de Matilde Grace. El resto del grupo que formaba parte de su mesa también se hallaba bailando. Elizabeth notó que tenía los ojos oscuros, al igual que su cabello, y eso otorgaba a su rostro un aire de severidad al tiempo que lo hacía interesantemente atractivo. Sin embargo, cuando sonreía, la dureza de su expresión se relajaba y parecía una persona agradable. Pero el hecho de apreciar que su amiga Matty, a quien le encantaba bailar, se veía obligada a estar sentada y aquel hombre no había tenido el gesto caballeroso de invitarla hizo que sintiera lástima por ella y sintiera antipatía hacia él. Matilde Grace no hubiera sido una joven fea si no fuera porque tenía la cara marcada por la viruela que había superado tiempo atrás, pero precisamente esto era motivo suficiente para no desairarla. Por lo demás, de estatura menuda, Matilde era grácil y de gestos alegres. La pena por su amiga duró un par de minutos y luego se olvidó durante un buen rato de ella, el desconocido y todo lo que no fueran sus pasos de baile.

Después de dos piezas, Andrew Whittemore la acompañó de nuevo a su mesa y la dejó con la señora Patterson y la señorita Gibbs. Esta última exclamó:

—Es una pena que el señor Whittemore no sea un poco más alto, siempre es muy atento contigo, Lizzie.

—No digas tonterías, Emily, los Whittemore no tienen tanto dinero como parece. Lizzie debe ser prudente a la hora de escoger marido.

Desde que había cumplido los veintiún años, la señorita Gibbs se empeñaba en emparejarla. Elizabeth tenía un rostro bonito en el que, sobre todo, destacaba la luz alegre de sus ojos avellana, y el espesor de su cabello castaño oscuro era envidiado por otras jóvenes de su edad. De estatura media, su figura era esbelta y sus movimientos resultaban tan elegantes como graciosos. Todas esas características, junto al hecho de proceder de buena familia, la hacían recomendable a ojos de muchos caballeros de Horston.

—No creo que deba esforzarme mucho en escoger ni en ser prudente, si tengo la suerte de mantener la amistad de ambas —rio Lizzie—. Ustedes lo hacen muy bien por mí.

—Fue una lástima que el señor Frazer falleciera en aquel horrible accidente de tren. Hubiera sido una buena elección. No creo que ni siquiera mi hermana hubiera puesto ninguna objeción, a pesar de que siempre criticaba sus grandes entradas.

—Era un hombre amable y sin humos para su posición. Y muy jovial. Creo que las jóvenes lo consideraban apuesto y no tenía ningún defecto que no pudiera solucionarse con un buen peluquín —confirmó la señora Patterson.

—Y tu padre le tenía mucho aprecio. Es una lástima que no haya dejado descendientes. No sé qué ocurrirá ahora con Desley Abbey mientras no se resuelva el tema de la herencia —añadió la señorita Gibbs—. Uno no debe morir sin hacer testamento, aunque sea joven. La firma de abogados londinense que se encarga de buscar al heredero legítimo está empezando a perder credibilidad.

—El señor Frazer siempre fue amable con nosotros, pero dudo de que sus intenciones coincidieran con su sugerencia, señorita Gibbs. En fin, como ya no es posible, me despreocuparé del tema.

—A tu edad ya deberías ir preocupándote por buscar un marido si no quieres acabar como Emily.

—¡Oh! Yo una vez estuve a punto de comprometerme, pero... —protestó la señorita Gibbs.

—No creo que sea tanta la urgencia, señora Patterson. Mi familia goza de una sana economía.

—Me temo que las aficiones de tu padre no son muy productivas. Y, aunque tu hermano aún es joven, creo que tampoco tiene un espíritu emprendedor.

—Eso reafirma que puede permitirselas. Mi padre no sólo colecciona insectos exóticos, sino que además ha financiado varias expediciones a África.

—De todos es sabido que ha despedido a dos criadas a lo largo del último año.

—Eso no es del todo cierto. Han sido ellas quienes, por motivos familiares, han decidido irse, pero pronto tendremos otras, ya lo verá.

En este punto fueron interrumpidas por la señora Harding, que pasó a interesarse por sus invitadas y a ninguna le pareció oportuno continuar con el tema.

II



—**E**spero que estén disfrutando de la fiesta —dijo la anfitriona con voz enérgica—. ¿Han visto el caballo de Archibald? ¿Hay algo que pueda hacer más feliz a un muchacho de quince años? Sinceramente, creo que deben darme la enhorabuena por tener un marido tan espléndido.

Las tres aludidas la felicitaron con mayor o menor efusividad.

—Es una lástima que su padre y su hermano no hayan venido, señorita Holstead. Estoy segura de que tendrán un buen motivo para su ausencia. Espero que no me hayan abandonado por unos insectos. Siento mucho aprecio por el señor Holstead.

—Mi padre se resentía del reuma y mi hermano se ha sacrificado por mí y se ha quedado a cuidarlo.

—Cierto, las mujeres disfrutamos más de estos eventos. Pero insisto en que es una lástima que, al menos, no hayan asistido al concierto. Creo que hemos deslumbrado. *Adagio en primavera* ha sido muy aplaudida.

—Tiene usted mucha fe —ironizó la señora Patterson.

—Y usted es muy modesta, señora Patterson. Acabo de enterarme de que los lirios de su invernadero los cultiva usted misma.

—Son lady mohr y sables. Los sables son mis favoritos.

—Yo estaba pensando en dedicarme también a su cultivo. Estoy convencida de que es una afición que agrada a mi marido.

—Y a todos sus vecinos, señora Harding —comentó la señora Patterson, con esperanzas de que abandonara el coro—. La belleza siempre es algo apreciado. La belleza es el camino hacia Dios.

—Pero los lirios requieren mucho sol y una tierra que permita un buen drenaje. No sé si sabré rivalizar con los suyos.

—El invernadero es una gran ayuda.

—Sí, cierto. Le pediré a mi marido que construya uno.

—Procure que esté en la zona sur.

—Por supuesto. Preparé una franja para los tulipanes, me dedico a ellos todas las mañanas y ahora están realmente preciosos, aunque esté mal que lo diga yo. Creo que será una buena idea construir allí el invernadero. Y me olvidaré de los lirios trompetas, dicen que son los más delicados.

—Ahora es la época de los crisantemos, lirios y gladiolos. Algunas especies hay que plantarlas a mediados de otoño, pero yo tengo bulbos para primavera, le traeré algunos, si le interesan. ¡Ah! Y conviene dejar un espacio de unas seis pulgadas entre bulbo y bulbo, para que luego tengan sol.

—Le haré caso en todo lo que usted me indique, señora Patterson. La fama de su buen criterio la precede.

La señora Patterson sonrió sin estar demasiado convencida.

—Señora Harding —preguntó la señorita Gibbs—, ¿quién es ese hombre que se sienta en la mesa de los Grace y los Gardner, el que ahora habla con el señor Odell?

La señora Harding volvió la cabeza hacia la mesa indicada sin ningún disimulo. Elizabeth se ruborizó por si el desconocido descubría que hablaban de él.

—Sólo sé que se llama Dankworth y que ha venido con los Gardner. Creo que se hospeda en su hotel. Ellos son quienes se lo han presentado a mi marido, ¿quiere que pregunte?

—¡No, por favor! —intervino Elizabeth, aunque rápidamente trató de moderar su exclamación—. La señorita Gibbs no tiene tanto interés.

La señora Harding sonrió pues, con su mentalidad londinense, esta intervención consiguió el efecto contrario al pretendido.

—Tal vez deba ir a saludarlo, ¿no creen? Una buena anfitriona tiene que estar en todo. Ustedes, los lugareños, tienen aún tanta afición por los detalles...

Se marchó tan rápidamente que ninguna de las tres tuvo opción a responder, aunque una de ellas ya rumiaba una respuesta digna de la impertinencia manifestada de forma inconsciente.

La señorita Whittemore, hermana del joven que había sacado a bailar a Elizabeth, se acercó hacia ellas en cuanto las vio libres.

Ella negaba que hubiera cumplido los treinta años, pero las que habían sido vecinas de su madre tiempo atrás aseguraban que ya los rebasaba. Era alta y algo torpe. A veces caminaba desgarbada, por lo que su caro vestuario no lucía como hubiese sido lo propio. Tampoco sacaba partido de su cabellera pelirroja porque la escondía debajo de unos sombreros que confeccionaba ella misma y que, más que adornar, abigarraba.

—¿No les parece que la señora Harding está especialmente contenta?

—Nunca he visto que se tome nada en serio —masculló la señora Patterson.

—¡Oh, sí! Está espléndida y muy contenta con la interpretación de *Adagio en primavera* —admitió la señorita Gibbs—. Se nota que le gusta la sociedad. En Londres debía de estar muy acostumbrada a todo tipo de eventos y aquí debe echarlos de menos.

—No me refería a eso —añadió la señorita Whittemore, al tiempo que aprovechaba para sentarse con sus conocidas.

—¡Oh! ¿No querrá usted decir...?

—¿Y qué otra cosa podría ser? Cuando la señora Gardner quedó en estado de buena esperanza, tenía el mismo color.

—Tal vez se vea obligada a dejar el coro —deseó la señora Patterson.

—Eso no le supondrá gran esfuerzo. La ilusión por lo esperado lo colmará todo —añadió la señorita Whittemore.

—¿Está usted segura o sólo se trata de una sospecha? —preguntó Elizabeth.

—Al principio ha sido una sospecha, pero la señora Delaney ha tenido el mismo pensamiento que yo. ¿Acaso esta casualidad no la convierte en certeza?

—Yo creo que no deberíamos precipitarnos en esa afirmación. Un rumor se extiende enseguida y puede resultar ofensivo —añadió Elizabeth.

—Si es cierto, deberíamos ser prudentes hasta que lo anuncie ella misma. No creo que el joven Archy se lo tome muy bien. Hasta ahora ha sido el ojito derecho de su padre —comentó la señorita Gibbs.

—¡Oh! Pero, ¿no les parece que soy una gran adivinadora?

—Nos permitirá, al menos, que sus sospechas se confirmen antes de felicitarla, señorita Whittemore.

—Sin duda, pero eso ocurrirá pronto. Una debe fijarse en todas las señales cuando quiere averiguar algo y les aseguro que llevo un tiempo practicando en ello.

—¿Se dedica usted a espiar a la señora Harding? —preguntó la señora Patterson.

—¡Oh, a ella no! Más bien me he retado con ella para ver cuál de las dos averigua antes uno de los misterios de Horston.

—¿Misterios en Horston? —preguntó la señorita Gibbs mientras Elizabeth abría los ojos intrigada.

—¿Acaso a nadie le pareció extraña la aparición de Nicholas Wayne?

—¿El niño de la herrería? —se extrañó Elizabeth.

—Sí, hace nueve años que llegó sin que nadie supiera de dónde. La señora Wayne nunca esperó un bebé y cuentan que se lo encontraron a las puertas de su casa, pero yo sé que no es verdad.

—Entonces, ¿cuál es su teoría, señorita Whittemore?

—Alguien se lo entregó y lo adoptaron voluntariamente. ¿Nunca les extrañó que la suerte económica de los Wayne mejorara notablemente a partir de aquel momento?

—La generosidad de los Wayne al hacerse cargo de aquel bebé se vio compensada con la solidaridad de los habitantes del lugar. Durante un tiempo, todos tenían algún eje que arreglar o algún artilugio que forjar —recordó la señorita Gibbs.

—No, no se trata de eso —negó la señorita Whittemore—. Estoy convencida de que el padre del niño es alguien del pueblo y esa misma persona entregaba una suma a los Wayne para que cuidaran de su hijo y guardaran silencio.

—Hace usted unas afirmaciones muy ocurrentes —comentó la señora Patterson.

—La señora Harding ha llegado a la misma conclusión que yo.

—Entonces, ¿la señora Harding y usted compiten o colaboran en las investigaciones?

—Hasta aquí nuestra colaboración. A partir de estar convencidas de este hecho, nuestro desafío es el de averiguar el nombre del verdadero padre de Nicholas Wayne.

—¿La señora Harding también es aficionada a las lecturas de misterios?

—Es usted muy ingeniosa, señora Patterson, pero le aseguro que no hay nada de imaginación en nuestras pesquisas. La conclusión a la que hemos llegado podría calificarse de científica.

—Espero que nos mantenga informadas sobre los resultados de sus averiguaciones —solicitó la señorita Gibbs, que se sentía divertida ante las divagaciones de sus vecinas.

Mientras la señorita Whittemore continuaba con sus explicaciones, Elizabeth miró de nuevo hacia la mesa de Matilde Grace. Le hubiera gustado que su amiga se acercara a saludarla, pero vio que la señora Harding la mantenía ocupada con su conversación, así que rechazó toda esperanza de que el encuentro fuera inminente. La mesa que ella compartía con la señora Patterson y la señorita Gibbs también recibió varias visitas que se vio obligada a atender. A la señorita Whittemore se añadieron el vicario, el señor Burns, y su hermana, la señorita Burns, así que ella hubo de permanecer un buen rato allí. Cuando casi una hora después quedó libre, miró hacia la mesa de Matilde y vio que los Grace ya se habían ido, por lo que el encuentro entre las dos amigas no se produjo. Ella y sus compañeras también se retiraron al cabo de media hora y la fiesta terminó no mucho después sin ningún incidente memorable.